

La conquista de un destino de escritor



CERVANTES.

Cervantes escribió sus mejores textos, entre ellos la primera parte del Quijote, a una edad avanzada. Paradójicamente, sus largos años de madurez estuvieron marcados por una sucesión de semifracasos y de intentos malogrados.

Mercedes Blanco

Traducción del francés Jhon Byron Orrego

La primera parte del *Quijote* fue publicada cuando Cervantes se aproximaba a los 60 años (1605). Luego transcurrieron varios años hasta la aparición de las *Novelas ejemplares* (1613) y, posteriormente, la redacción, pocos días antes de su muerte, de unos bellos escritos (prefacio y dedicatoria) que anuncian la aparición del *Persiles* (abril de 1616). A lo largo de esos tres años, Cervantes escribe lo esencial de la segunda parte del *Quijote*, así como *Viaje del Parnaso*, *Comedias y entremeses* y el *Persiles*. No deja de sorprender el contraste entre la abundancia y la calidad de esta producción, y el vacío total de los largos años de madurez (1587-1601), cuando Cervantes recorre Andalucía en calidad de comisario

de abastos para la Armada Invencible o de recaudador de impuestos, manejando sus asuntos con una torpeza y una mala fortuna muy particulares. Es cierto que en medio de este vacío aparecen obras poéticas de circunstancia, entre las que se destacan dos o tres sonetos satíricos de una sutileza y libertad de tono excepcionales. Por lo demás, el famoso manuscrito “Porras”, hoy desaparecido, testimonia que dos de las novelas (*Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*) fueron de conocimiento de los círculos literarios andaluces en los primeros años del siglo XVII. No obstante, las referencias a sucesos recientes que se pueden encontrar en las “novelas” permiten concluir que la mayoría de ellas, lo esencial del *Quijote* y de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, datan de los años inmediatamente anteriores a su impresión.

Así pues, Cervantes se involucra en un intenso proceso de creación literaria muy tardíamente, en un momento en que aparece como el “Adán de los poetas”, según su propia expresión, el sobreviviente de una generación desaparecida. Esta inspiración tardía no reviste un carácter absoluto, es el resultado improbable tras varios intentos fallidos y algunos semifrascos. Las primeras alusiones a su nombre que aparecen en un contexto literario se remontan a la época en que contaba con veinte años (1567 y, sobre todo, 1568), cuando un pedagogo humanista, Juan López de Hoyos, incluye cuatro obras en verso de Miguel de Cervantes, su “discípulo bien amado”, en la relación oficial de las exequias de la Reina Isabel de Valois. Esta mención efímera y difícil de interpretar constituye el único dato con el que contamos acerca de la formación escolar de Cervantes y de sus amistades de juventud. Poco tiempo después, tal vez como consecuencia de una trifulca en la que al parecer hirió mortalmente a un hombre, Cervantes desaparece de Madrid y reaparece en Italia. Se cuenta con una somera evidencia de que trabajó en el servicio doméstico de un cardenal. Dos años más tarde, vuelve a aparecer al lado de su hermano, como soldado de la flota victoriosa en Lepanto. Los poemas con ocasión de la muerte de la reina dejan entrever a un joven que siente curiosidad por las letras, no sin ambición, aunque sólo el destino posterior de Cervantes induce a ver en ellos los primeros pasos de un futuro gran escritor.

Se sabe que en Lepanto, “la contienda más fulgurante que han visto los siglos pasados y esperan ver los

siglos por venir”, Cervantes hizo gala de una valentía irreprochable y pierde, al ser impactado por una bala de arcabuz, el uso de la mano izquierda. De este modo, a un tiempo espectacular y traumático, se inicia para él esta carrera de las armas que un famoso discurso de don Quijote opone diametralmente a la de las letras. Los soldados-poetas no faltan en el siglo XVI, pero, curiosamente, se vuelven más escasos, incluso inexistentes, a medida que se acerca el cambio de siglo, cuando se efectúa la transición entre los reinados de Felipe II y Felipe III. No es de descartar que Miguel de Cervantes se soñara a sí mismo, en Lepanto o en las campañas más infortunadas que siguieron, como uno de esos hombres victoriosos, uno de esos héroes a la antigua, igualmente diestros para la espada y la pluma. Pero los tres o cuatro años que pasó siguiendo en vano a una flota turca y los cinco años de cautiverio en Argel, marcados por evasiones frustradas —cuya atrevida temeridad lo hizo célebre entre sus compañeros—, debieron desalentarlo de extraer su valía y su ser social de una identificación con aquella halagadora imagen. Las primeras actividades de las que se conserva información tras su liberación y su regreso a la patria (1580) son las gestiones infructuosas para obtener un cargo de funcionario, las cuales marcan un adiós a las armas que será definitivo. Con todo, de esta carrera abortada de soldado —que su hermano Rodrigo proseguirá hasta su muerte en el campo de batalla sin nunca sobrepasar el grado de suboficial—, Cervantes extrae una fuente imaginaria, una distinción desconocida pero esencial, que lo reconforta en el sentimiento que tiene de sí mismo. La conciencia de ser ese soldado modesto que en un glorioso día lejano cumplió con su deber es quizás la fuente de esa gracia humorística y de esa dignidad extraordinaria que caracteriza los magníficos prefacios del *Quijote*, de las *Novelas ejemplares* del *Persiles*, así como algunos “autorretratos” del *Viaje del Parnaso*.

La decisión que tomará hacia 1590 de agregar el apellido Saavedra a su patronímico (y de dárselo a su hija natural), el cual corresponde a un lejano pariente que también combatió en Lepanto, pero también a un héroe cautivo del *Romancero*, constituye una prueba de que su “encuentro con la historia” —según las palabras de Jean Canavaggio—, del cual no obtuvo ninguna compensación material, le aportó una especie de doble épico cuyo apellido es Saavedra. Este personaje,

cuyo apellido porta como un trofeo y cuyos avatares Cervantes puede introducir en sus obras de ficción como una sombra o una firma, y aquellas terribles batallas navales cuyas llamas fulguran aquí y allá en las *Novelas* o en la sobria descripción que realiza don Quijote de la vida del soldado, constituyen el germen, la semilla de lo real, que confiere quizás su peso a la invención retórica y a la sutil polifonía de las ficciones cervantinas.

La primera carrera de escritor coincide con el fracaso de su tentativa de establecerse como funcionario de regreso del cautiverio. Su actividad se despliega en dos frentes: la ficción en prosa y el teatro. Del naufragio del teatro cervantino de los años 1580 sólo se salvaron dos piezas: *El trato de Argel* y *La destrucción de Numancia*, interesantes desde un punto de vista político, pero no muy bien logradas desde el punto de vista técnico. Simultáneamente, Cervantes escribe una novela pastoral titulada *La Galatea*, que toma como modelo *La Diana* de Montemayor, cuya buena acogida entre los lectores no declinaba desde hacía veinte años. Estas novelas, que constituyen un entramado de largas conversaciones en medio de la suavidad de un escenario campestre idílico y de relatos de los personajes, permitían desplegar una larga variedad de historias de amor feliz o trágico a partir de la base continua de una situación fija: la adoración de dos pastores fieles a una pastora sublime, retoño novelesco de la amada de los cancioneros petrarquistas. *La Galatea* de Cervantes, obra perfecta en su género por la “verosimilitud” altamente artificial del relato y por la suave sencillez de la prosa, permite entrever en varias ocasiones que el excautivo y exsoldado, en muy pocos años (1581-1585), se había fraguado un lugar en el mundo de las letras, al tiempo que se había familiarizado con los poetas castellanos de renombre. Ello confirma esa nobleza, esa gracia de su persona de la que dan testimonio los pocos comentarios directos de quienes lo frecuentaron.

Pese a las virtudes de aquella novela y a su honorable éxito, Cervantes opta de un modo enigmático por alejarse de aquel mundo literario y por abandonar la escritura; primero, con su matrimonio con una joven *hidalg*a campesina con una dote mediocre que lo hace retirarse al campo, y luego con la aceptación de los cargos de comisario de abastos y de recaudador que van a conducirlo durante quince años por los caminos

de Andalucía. Hasta la aparición del *Quijote*, en 1605, esto es, veinte años después de *La Galatea*, el destino de Cervantes nos sería totalmente desconocido de no ser por sus líos o los de sus allegados con los tribunales y las autoridades. Los documentos de que se dispone al respecto constituyen la evidencia de las dificultades de una existencia que nos figuramos lúgubre. Nada permite inferir si la larga interrupción de la actividad de escritor fue ocasionada exclusivamente por las dificultades económicas o por falta de inspiración. Tampoco es posible establecer si el reinicio de su actividad literaria, a comienzos del siglo XVII, fue el resultado de una mínima seguridad económica, gracias a una herencia de los hermanos de su esposa, o de la convicción de haber encontrado al fin una forma y una materia prima a la medida de su ambición.

A la luz de esta segunda carrera literaria, infinitamente más brillante, que inicia con la redacción de la primera parte del *Quijote*, se puede pensar que Cervantes no había encontrado su camino hasta ese momento y que lo buscaba en un terreno particularmente difícil y equivocado. Durante aquellos años, Cervantes no dejó por supuesto de leer, “incluso los papeles tirados en la calle”, como lo dice un célebre pasaje del *Quijote*. Entre otras obras, leyó *La vida de Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, la gran y exitosa ficción de la época de crisis que constituye el cambio de siglo y de reinado. Al igual que Cervantes, Mateo Alemán es un poderoso marginal en el mundo de las letras y, como él, un huésped de paso en la prisión de Sevilla; asimismo, el inventor de una nueva forma de relato que se convertirá en el prototipo de la novela picaresca, novela de la bajeza y de la ambición, del delito y del castigo, y en la cual se constata en cada página que no basta el ingenio y la astucia para salir de la miseria física y moral a la cual algunos hombres, y alegóricamente el Hombre heredero del pecado, están condenados.

Cervantes —quien al igual que Mateo Alemán cuenta con una experiencia directa y variada de la despiadada necesidad económica, pero también el recuerdo de temporadas en Italia y en Madrid vividas en la euforia de las agradables amistades militares y poéticas— opta por otro camino al concebir *El Quijote*. Este camino, que consiste en representar simultáneamente el encanto de la comedia heroica y el sabor fuerte de la verdad, difícilmente podría definirse sin el

contraste que representa la novela de Alemán, puesto que esta novela, contrariamente al género pastoral, proporcionaba al autor de ficciones el estatuto del que proclama la verdad de la “vida humana”. Cervantes construye su relato a partir de una máscara cómica extraída de un tipo tradicional, el “hidalgo” pequeño rentista de pueblo, al cual trata, no obstante, con una moderación en la caricatura y un sentido del detalle inusuales en las literaturas antiguas. Además, inviste a esta máscara con una locura literaria que constituye la hipérbole probable de su propia pasión de amante de relatos y la nutre con su propia sustancia y con su sabiduría, haciéndola portadora tanto de la aventura épica como de su versión cómica en la prosa de una existencia con un horizonte estrecho. El relato varía con un refinamiento inagotable las modalidades del fracaso y del pseudoéxito de la imposible aventura, convertida en mero fingimiento; asimismo, sus diálogos pasan continuamente de un tema a otro, son increíblemente extravagantes, oscilan entre raciocinio e irrisión, entre buen juicio y credulidad imbécil o demente, entre mentira y verdad a medias, entre literatura e historia, de tal suerte que el texto deja entrever la fragilidad de referencias que otorgan su marco a la realidad, al tiempo que da la impresión de no deslindarse del territorio de las evidencias establecidas. Estos rasgos hacen que la obra suscite un interés enorme y duradero, constituyen soluciones extraordinariamente acertadas ante la dificultad que indiscutiblemente experimentaba Cervantes para articular los componentes de una personalidad muy rica en medio de una situación asfixiante y de una vida fragmentada. Al igual que su héroe, con el cual se identifica por momentos sin dejar de manipularlo como a un juguete, Cervantes logra exponer, exagerándolo, el fracaso más irrisorio, dejando a un lado la humillante resignación y asumiéndolo con altivez, al punto de transformarlo en libertad, grandeza y gloria. El prefacio —en el que con una desenvoltura sin precedentes Cervantes declara renunciar para su libro a la legitimidad humanista que conceden las citas latinas, las “marginalia” y los índices, así como a la legitimidad mundana que otorgan los sonetos liminares de gentileshombres y letrados, para limitarse a la verdad desnuda de la buena historia que tiene para contar— evidencia cómo un espíritu determinado, a fuerza de lucidez, puede transformar las debilidades de

su posición en fuentes de potencia. Contar por contar o contar sólo para probar que las largas historias que satisfacían el gusto de la época —cuyo modelo eran las novelas de caballería—, están muy lejos de agotar las posibilidades de placer y de conocimiento que ofrece el relato, tal es lo que el prefacio promete y lo que el libro cumple, ofreciendo, así, a sus primeros lectores una experiencia maravillosamente inédita y satisfactoria.

La táctica cervantina para hacer interesante el relato de un fracaso se sitúa al lado opuesto de la de Mateo Alemán, quien transforma los extravíos de su pordiosero y las constantes sanciones que padece en una apariencia de experiencia exhaustiva de la miseria del mundo y del hombre, desde lo alto de la cual puede distinguirse del moralista, del censor y del reformador. Merced a la popularidad inmediata del primer *Quijote*, Cervantes adquiere una identidad que no lo abandonará nunca más. Es el inventor de dos inolvidables personajes-símbolos. Es quizás la primera vez que una gran reputación literaria se construye a partir de la invención de símbolos encarnados.

Esta identidad adquirida lo confirma en lo que tal vez siempre había presentado: que había nacido para convertirse en un personaje irremplazable del Parnaso, el “Adán” de los poetas y un “inventor sin par”, digno de cabalgar sobre Rocinante con tanta dignidad como si se tratara de un nuevo Pegaso. Al igual que Lope de Vega, quien parece haber sido su principal rival imaginario, Cervantes sólo podía sobreponerse a las dificultades derivadas de una posición social ambigua ejerciendo una “monarquía” sobre géneros nacies o en gestación: el cuento y la novela “modernos”. La seguridad que le proporcionó el éxito inmediato del primer *Quijote* lo sume en una hiperactividad de artífice de ficciones que constituyen igualmente experimentaciones de un arte nuevo del relato, y hasta en los días mismos de su agonía parece poseído por la gozosa fiebre de esta tarea, como da fe de ello la dedicatoria y el prefacio del *Persiles*. A imagen de Lope de Vega, quien se convirtió en un personaje casi oficial al imponer la fórmula de un teatro que sus contemporáneos van a estimar con pasión y que se convertirá en modelo durante todo el siglo XVII, Cervantes también procurará constituirse en un personaje público, ser comprendido y aclamado por su época mediante la inscripción de su nuevo arte narrativo en

la tradición de los debates teóricos originados en la *Poética* de Aristóteles, y estableciendo, en su *Viaje del Parnaso*, una especie de palmarés del mundo literario español, o incluso escogiendo como modelo de su última obra la novela griega de Eleodoro que admiraban los estudiosos de la literatura humanistas. Con todo, el velo de ambigüedad insoluble, con el que su falsa simplicidad irónica cubre todo lo que sale de su pluma, lo convierte en cierto modo en extranjero a su mundo. A pesar del éxito de las *Novelas* y del *Persiles*, a pesar de la popularidad aplastante del *Quijote*, a pesar de su recepción casi inmediata en toda Europa, Cervantes continúa siendo marginal e inclasificable, como lo prueba, por ejemplo, el desdén con el que lo trata Baltasar Gracián, pese a ser el mejor lector de la literatura barroca española. Pero es de este modo que ofrece la primera evidencia tangible del mito romántico

del escritor, puesto que la complejidad arduamente obtenida de sus obras, que oscurece la percepción que tienen de ella sus contemporáneos, la vemos a posteriori como la contrapartida de su apertura hacia herederos lejanos, hacia miríadas de lectores por nacer y hacia un futuro imprevisible de reescritura. ■

Mercedes Blanco

Profesora de literatura española del Siglo de Oro en la Universidad de Lille III (Francia).

Nota

El artículo fue publicado como: “La conquête d’un destin d’écrivain”. En: *Magazine littéraire*, N° 358. Octubre 1997, París, pp. 23-27.

CONVOCATORIA
PREMIOS
ALEJANDRO
ÁNGEL ESCOBAR



FUNDACIÓN
ALEJANDRO ÁNGEL ESCOBAR

La Fundación Alejandro Ángel Escobar anuncia que las inscripciones para participar en la convocatoria de los Premios de Ciencias y Solidaridad en 2011, se abrirán el 17 de enero y se cerrarán el 31 de marzo.

Las categorías son:

- Ciencias Exactas, Físicas y Naturales
- Ciencias Sociales y Humanas
- Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible
- Solidaridad

Para mayor Información visite <http://www.faae.org.co> o comuníquese al correo electrónico info@faae.org.co o al teléfono (57) (1) 281 8711 en Bogotá.

¡Los invitamos a participar y a difundir esta información!

CONVOCATORIA BECAS
FONDO COLOMBIA
BIODIVERSA



La Fundación Alejandro Ángel Escobar invita a los estudiantes de pregrado y maestría, que estén trabajando en tesis de grado sobre temas relacionados con conocimiento, conservación y/o uso sostenible de la biodiversidad colombiana, a participar en las convocatorias para las becas del Fondo Colombia Biodiversa.

En 2011 se abrirán dos convocatorias así:

- 17 de enero hasta el 11 de marzo
- 25 de julio hasta el 30 de septiembre

Para más información:

<http://www.faae.org.co/colombiabiodiversa>
colombiabiodiversa@faae.org.co
(57) (1) 281 8711

¡Los invitamos a participar y a difundir esta información!